

Nuestro hogar

Mariela Hernández



Image not found.

Capítulo 1

Nuestro hogar

Elena y Fernando se casaron, después de su luna de miel en un lugar paradisíaco, retornaron a vivir la casa que mandaron a construir; una casa pequeña estilo americano, con amplios ventanales, sustentada en grandes vigas y pilares, las paredes de listones de madera en unión perfecta, armonía de color entre piso paredes y cubierta, cada detalle pensado y terminado, fresca y fuerte hecha para soportar el agotante calor y los continuos huracanes del trópico, espacio ideal para amar y ser feliz.

La vida dentro de la casa transcurrió con olor a madera recién cortada, entre reuniones de amigos y familiares, visitas inesperadas, celebraciones con tapas y vinos, cenas románticas y sexo ardiente, hasta que llegaron los niños, junto a la llegada del primero se rompió el silencio de las noches y el aroma de eucalipto invadió la casa, que quedó pequeña al llegar el segundo y el tercero, justo con el cansancio de la cotidianidad, y la responsabilidad de la paternidad, cambiaron las celebraciones a fiestas infantiles, bautizos, juegos en el patio y cumpleaños con payasos, se construyeron nuevas habitaciones, el hormigón comenzó a colonizar la casa, cada día un caos con niños jugando, correteando y regando, las paredes se convirtieron en murales, el piso en humedal y el olor a brazas de carbón predominaba en el ambiente familiar, sin cenas románticas, lluvias, ciclones, sexo tibio en las frescas noches de diciembre y sequía empolvada hasta junio, la casa continuó siendo refugio seguro después del día de trabajo, las escaseces y los sinsabores de la vida.

Los muchachos crecieron, se hicieron jóvenes y la casa también se hizo grande, el hormigón venció, desapareció la frescura y aumentó la fortaleza contra los vientos huracanados, volvieron las fiestas, entre alegría y estridencias, estudiaron, se enamoraron, y cada noche hubo sexo ardiente y hasta salvaje en una u otra habitación, se percibía en toda la casa el olor a hierbabuena, muchas veces el aroma fue a hierba mojada cuando comenzaron las ausencias, la espera de malas noticias, la incertidumbre de la hora llegada, las horas de oraciones y la falta de paz, hasta que no en orden cronológico, pero uno detrás de otro, cada uno tomó su camino, caminos diferentes con un mismo final que los alejaron de la casa, que ahora quedó apacible, oscura oliendo a libro viejo. Sexo tierno y calmado, cada vez más esporádico que fue convirtiéndose en gratas caricias y arrullos. La casa siguió como testigo incólume de las rutinas diarias, de los dolores del cuerpo y el alma, de las pérdidas constantes de vecinos, amigos y familiares.

Locuras, suicidios, enfermedad, violencia, envidia en fin, la miseria rodeó la casa, y la cambió, sus paredes y techo se humedecieron y desconcharon, el piso gastado, puertas y ventanas cerradas, la soledad

enmoheció el lugar, el musgo y la mala hierba se adueñaron del jardín, el olor de la podredumbre predominaba dentro de la casa, quedando huérfana de sexo y mutilada de familia, ya ese no era el hogar , solo era una casa vieja, abandonada y triste que los hacía sentir extranjeros en su propia tierra.

Elena miraba a través del vidrio de la ventana, caía la nieve cubriendo el pavimento y la copa de los arboles al otro lado de la calle, dió vuelta y contempló como Fernando jugaba con su nieto en el inmenso sofá del salón donde se reflejaba el brillo del fuego de la chimenea, reían a carcajadas, Elena sonrió sintió un aroma conocido a madera recién cortada, y al volver a mirar a través de la ventana,

Se le antojaron, palmas reales los cipreses.